

30. La relación colombo-venezolana de pareja dispareja

El lema de nuestro Encuentro, como lo han propuesto, es el de *una frontera sin límites o una vecindad sin límites*. Alguna persona aludió que eso podía entenderse como unas relaciones matrimoniales, y creo que siguiendo ese simbolismo podemos entender algo de lo que está pasando y puede pasar. En general, todas las relaciones matrimoniales o de amor tienen sus malos y sus buenos momentos. Cuando son relaciones sin límites, exigen mucho más compromiso y responsabilidad de parte y parte. Al hablar aquí de una relación de vecindad, que implica tantos elementos, evidentemente estamos hablando de unas relaciones que pueden tener riesgo, y hoy estamos pasando tal vez un mal momento, no el más adecuado para la integración como la veníamos proponiendo.

Mi tesis es que entre los dos presidentes, Álvaro Uribe Vélez y Hugo Chávez Frías, dada la imagen que han proyectado, se puede suponer que hay una gran química entre ellos. Resaltándose así la relación amistosa y pragmática entre los dos presidentes.

Si se mantiene así, lo mismo que la actitud pragmática, es decir, una "real politik" asumida por ambos presidentes (haciendo a un lado cosas que pudieran estar estorbando el encuentro fraternal, y viendo más bien los grandes intereses colectivos de sus dos naciones), se tendrá como resultado avances y se irán superando los escollos que inevitablemente se nos van a presentar.

Hay en este momento una situación coyuntural que voy a concretar en cinco factores. Un proceso que parte de un núcleo con fuerzas centrífugas, en el cual a medida que van avanzando las líneas cada vez más se van a distanciar una de otra. Éstas, por su propia dinámica, no solamente crearían diferencias de aplicación, de principios políticos en el manejo del Estado, a los que tiene derecho todo pueblo. Bolívar pensaba que el mejor sistema político era el que más se adaptara a la idiosincrasia, a las condiciones económicas, antropológicas y sociales de cada país. Eso es lo que funciona mejor.

Si se dejaran sueltas estas condiciones, podrían lamentablemente llegar no solo a crear conflictos a veces verbales o episódicos –que ya los ha habido– , sino quizás problemas graves de Estado a Estado. Yo confío, y es la versión que estoy manejando, que dada la actitud que han asumido los dos presidentes de esa empatía y de ese manejo pragmático de los asuntos, se puedan superar esas casi inevitables confrontaciones, y dejar de lado las diferentes direcciones que están tomando los dos países. Señalo seis en mi ponencia.

El título de esta ponencia, “Una pareja dispareja”, no debe entenderse como una pareja de contrincantes, cada uno en un ángulo del ring de boxeo, bien asesorado para ver cómo le da más duro al otro, cómo lo tumba, cómo lo saca de la lona. Más bien, la relación podría parecerse a un baile más o menos armónico que exige buen comportamiento, ponerse de acuerdo en miles de cosas donde la buena pareja será la que no le va a pisar los pies a la otra, ni la otra le va a poner zancadilla.

Podríamos simbolizarla en la relación estable de una pareja en ascenso. Difícil claro, pues tiene sus periodos. Es un ascenso hacia una cima a la que ambos intentan llegar, que la tienen más o menos ideada utópicamente, pero a la que puede llegarse por diferentes caminos. No importa el camino por el que esté optando cada uno

dentro de su soberanía, con diferentes mecanismos, formas de gobierno, estilos de liderazgo, si al fin y al cabo vamos a poder llegar las dos naciones al sueño bolivariano, el de Simón Bolívar: un sistema político que dé a los pueblos felicidad, una suma buena de seguridad social y una buena suma de estabilidad política.

Todo esto nos va a permitir entonces superar posibles obstáculos por las diferentes direcciones que van tomando los dos sistemas, aunque seamos vecinos. Aunque el diálogo sea conflictivo, primará el sentido pragmático de la relación, la altura de las miras, y una química personal de los dos presidentes. Hay que aceptar, tanto en Colombia como en Venezuela, que en esta coyuntura ambos presidentes son verdaderos líderes en su país.

Muy rápidamente podemos resumir que el gran reto –no solamente para Venezuela y para Colombia, sino para todos los países con desarrollo limitado, es cómo conciliar en América Latina una democracia eficiente, con una legitimidad suficiente; cómo modernizar los países; cómo dar respuesta a las demandas por parte de las comunidades nacionales, dentro de una democracia efectiva en las respuestas del Estado, y con un respaldo mayoritario de los ciudadanos que conforman la sociedad civil.

Todo esto se traduce en legitimidad y gobernabilidad. Estamos viendo una crisis en muchos de los manejos de los Estados latinoamericanos, en su mayor parte por la ineficacia. Hay democracias que están mostrando que son ineficaces. Entonces viene el reclamo fuerte y razonable por parte de minorías o mayorías indígenas, de minorías o mayorías sociales, de capas menos favorecidas de cada país a las que no les están llegando los beneficios del crecimiento económico, de los intercambios comerciales, de los acuerdos de integración.

Estamos en una condición amistosa y pragmática por parte de los dos presidentes. Hay una doble coyuntura que está favoreciendo esa actitud, una económica donde después de haber bajado el intercambio comercial en el 2003 a 600 millones de dólares no más, se ha disparado otra vez y puede llegar a 5.000 millones a fines del 2007.

Ambos países vienen de una crisis. Y cada uno se mueve dentro de su propia coyuntura. Yo defino "coyuntura" como la intersección de un momento histórico con procesos sociales que tienen capacidad de alterar estructuras. Y llamo "crisis", a una coyuntura agravada, es decir, un proceso de cambio estructural. El norteamericano Paul O'Quist estudió bien la crisis colombiana en una tesis doctoral presentada en Berkeley que tituló: "La debilidad estructural del Estado colombiano". Fue el casi colapso del Estado colombiano del que dio muestras, al no llenar debidamente lo que le tocaba como Estado, y dejó formar unos bolsones tanto territoriales como administrativos, espacios que fueron llenados por fuerzas irregulares (guerrillas de inspiración marxista, paramilitares o autodefensas, narcotraficantes y delincuencia común organizada), situación que puso a tambalear el Estado colombiano, y de la cual se está tratando de recuperar en los dos periodos del presidente Uribe. Su proyecto principal, el de "la seguridad democrática", muestra que tiene aceptación en el país a través de los resultados electorales, y se percibe a través de los medios y en la tranquilidad con la que se transita por las carreteras colombianas. Ha atraído las inversiones e incrementado la economía. Hay una sensación de desahogo, de confianza, de optimismo para el país, eso es clave. Esa tónica ayuda a que uno esté bien, pues si uno se autoconviene de que está enfermo, se enferma. En un país es algo importante.

Asumo como conductor, como líder, a Álvaro Uribe. Utilizo el concepto de líder que daba Henry Kissinger: "es aquel que conduce a su pueblo de donde está a

donde debe estar y no está todavía". Hay un autor venezolano que recomiendo en el tema de las novelas histórico-políticas, Francisco Herrera Luque. Sus obras son deliciosas de leer y muy interesantes. Él dice, el líder es la enzima con Z, que acelera, congela o degrada los procesos sociales. "El líder es el comadrón que vigila el parto de un pueblo en camino". Ambos presidentes son enzimas, comadrones, verdaderos líderes cada uno en su país.

Estos serían los seis puntos de proyecciones divergentes. Dentro de ellos hay uno final, que llamo "liderazgo internacional". Dada su vigorosa e incansable estamina, y los enormes recursos de ese oro negro de que dispone Venezuela, el liderazgo del presidente Chávez está siendo muy efectivo y muy bien aprovechado para confirmarse en lo regional, continental y mundial. El del presidente de Colombia es también un liderazgo auténtico, eficaz, bien apreciado tanto en el interior como en el exterior. Su favorabilidad sostenida de un promedio de 70% en las encuestas es buen indicador. Pero Colombia en su historia más bien ha mantenido una posición de "bajo perfil". Sabe que es un país mucho más limitado respecto a los recursos, por lo que ha optado por seguir un modelo internacional como el de Suecia, Suiza o Canadá, que no apuestan mucho, pero siempre ganan. Los costos son enormes cuando se asume un liderazgo internacional, eso lo sabía Carlos Andrés Pérez, y tenía los recursos en su tiempo, y ahora los tiene todavía más el presidente Chávez. En ese sentido hay una diferencia, desde luego, pero no es competitiva porque Colombia no busca entrar a competirle un liderazgo regional ni continental al presidente Chávez.

Otro punto de divergencia, que también señalo, es el de la globalización. Colombia no tiene tantas reservas respecto de la globalización como sí las hay de parte del régimen actual en Venezuela. Entendida la globalización como la entienden los franceses, como mundialización, es decir, el avance de las comunicaciones, la tecnología, el intercambio de bienes y servicios, además de la informática. Lo malo

no está en la globalización, y así lo entienden la mayoría de intelectuales colombianos, sino en el mercado. El mercado sí es el que produce injusticia en la distribución de los bienes y servicios de cada país e internacionalmente.

A cada país, al armar ese rompecabezas de cinco elementos, le falta todavía el sexto, que es la descentralización. Es un rompecabezas difícil de armar. Hay estudios buenos y estadísticas que muestran que Colombia ha venido recorriendo con paso firme y exitoso el camino de la descentralización. A pesar de su reafirmación constitucional de "federalismo", se tiene la percepción de que en Venezuela, especialmente en los varios periodos del presidente Chávez, se viene acentuando cada vez más un centralismo omnímodo y asfixiante.

El otro punto de las diferencias es el problema del modelo socioeconómico que sigue cada país. En Colombia, desde la Constitución de 1991 se viene aplicando –a través de los varios gobiernos– una especie de tercera vía que ni es comunismo estatista, ni es el neoliberalismo de capitalismo salvaje. Es un modelo donde se debe dar tanto mercado como sea posible, y tanto Estado como sea necesario. Esto lo estamos viviendo en Colombia. En cambio, en Venezuela estamos virando, y fuertemente, hacia un socialismo siglo XXI, que no está todavía suficientemente definido, conformado con unas reminiscencias de un socialismo real que ya todos los países desmontaron. ¿Será entonces otro socialismo utópico, criollo? ¿Cuál va a ser ese socialismo? Se lo percibe como una nueva "geometría del poder": con una clara línea estatista, con una línea de mucho énfasis militarista, con una transversal muy populista (quizás neopopulista) y otra línea vertical gruesa y autoritaria.

Estos problemas son divergentes, y pueden llegar a afectar realmente las iniciativas de integración y las relaciones mutuas de los gobiernos. Pero yo creo que si se mantiene el rumbo adoptado por los dos presidentes en buena hora, todo es

viable y quizás también pueden ser oportunidades de mutuo enriquecimiento que no conocemos todavía. Tenemos que ir adelante sin dejar cada uno de seguir llevando a su país a lo que cree es lo mejor, claro está, con el consenso mayoritario del país que se supone apoya el modelo.